

## **LA ECONOMÍA GALLEGA. BALANCE Y PERSPECTIVA EN EL TRÁNSITO SECULAR**

EMILIO PÉREZ TOURIÑO  
Partido dos Socialistas de Galicia (PSdeG)

*Recibido:* 4 abril 2000  
*Aceptado:* 15 junio 2000

En las últimas décadas del siglo XX, Galicia conoció un profundo proceso de transformación estructural, una amplia modernización, aunque singularmente limitada e inconclusa en algunos aspectos básicos.

Participó del crecimiento económico vivido por el conjunto de la sociedad española a lo largo de las últimas décadas. En estos cambios, fueron factores estratégicos la institucionalización y desarrollo de la autonomía, la apertura al exterior con la integración europea y la dotación de capital físico y social. El desarrollo de los niveles de autogobierno y las nuevas pautas de identificación colectiva tuvieron su correspondencia y soporte en el campo económico.

El intenso crecimiento del gasto público territorial en Galicia fue, quizás, el acontecimiento más significativo y relevante que experimentaron la economía y la sociedad gallegas en los últimos años. La Comunidad Autónoma es el agente que protagoniza fundamentalmente este cambio. En este período, el gasto autonómico creció de modo espectacular, pasando a gestionar de un 20% a un 40% del gasto público total.

Paralelamente, vio cómo se multiplicaba por siete su stock de capital público en pesetas constantes desde 1964 hasta la actualidad. En particular, logra un ritmo de crecimiento superior a la media española desde 1985 y especialmente entre 1993 y 1995 en las infraestructuras físicas o productivas. El resultado fue un notorio incremento de la productividad total de los factores que aumentó desde un 60 hasta un 75% de la media española en las tres últimas décadas. Se han generado nuevos grupos empresariales con pautas innovadoras –aunque demasiado aislados– de cara a la presencia en los mercados exteriores.

### **1. LAS LIMITACIONES DE UNA MODERNIZACIÓN INCONCLUSA**

Hagamos, antes de analizar las perspectivas de futuro, un breve análisis de las limitaciones del presente.

En primer lugar, el declive demográfico. Comenzamos el siglo XX constituyendo el 11% de la población española y lo terminamos representando un 6,8%. Sólo

en los últimos 8 años, 31.000 gallegos menos. Las expectativas del IGE van en la dirección de ver acentuada esta tendencia regresiva en las próximas décadas. La población gallega disminuye hoy porque la baja fecundidad –una de las más bajas de España y de toda Europa– no es capaz de compensar los fallecimientos derivados del enorme peso de la población senil, mientras que en España la población crecerá ligeramente

Perdemos potencial demográfico, declinamos como colectivo humano, que es la primera condición del desarrollo y de la reproducción como país. Las consecuencias de la regresión demográfica y del envejecimiento de la población son de una gran magnitud sobre el crecimiento económico y sobre las finanzas regionales, estableciendo las bases de una economía subsidiada y dependiente.

Pero estas consecuencias van mucho más allá de la economía. Galicia conoce un profundo proceso de desertización, de despoblación y de desequilibrio territorial.

En segundo lugar, los desequilibrios estructurales en el mercado de trabajo. Entramos en el próximo siglo situados entre las 5 Comunidades Autónomas con más paro de España, y entre las 25 regiones europeas con mayor problema de paro. Uno de cada 3 jóvenes no encuentra empleo. El paro femenino duplica el masculino, y también duplica ampliamente la tasa europea de paro femenino. Tenemos una elevada temporalidad en el empleo que prácticamente triplica la europea: 1 de cada 3 empleos es temporal. El paro de larga duración en Galicia es significativamente superior al español. La tendencia fue en el sentido contrario a la dinámica española en el mercado de trabajo, con la excepción de la última fase del ciclo: pérdida de empleo y reducción del número de activos, lo que permite aparentemente amortiguar la gravedad del problema.

En un tercer apartado podríamos hablar de la consolidación de una economía subsidiada. Galicia es una comunidad autónoma receptora de importantes flujos financieros, beneficiaria de las ayudas económicas externas que son decisivas para su crecimiento económico y para el mantenimiento de su nivel de vida y bienestar. Paralelamente, esto pone de relieve la gran fragilidad económica de nuestro país.

Este sistema funcionó gracias al Estado de las Autonomías y gracias a la aplicación de un sistema fiscal progresivo. Gracias, en suma, a la existencia de un pacto de solidaridad interterritorial, que refleja y expresa la solidaridad interpersonal con las zonas más débiles. Pero nuestra convergencia real es extremadamente lenta y dependiente de este pacto.

En cuarto lugar, no logramos la centralidad. Seguimos teniendo pendientes, y sin horizonte temporal y financiero, elementos decisivos de nuestra incorporación e integración en las grandes redes europeas: el tren, la autovía del Cantábrico, las conexiones entre las ciudades interiores, el eje atlántico ferroviario, las cabeceras del sistema portuario y aeroportuario.

Finalmente, el marco institucional precisa de una profunda remodelación. Se evidencia el raquitismo financiero y la falta de autonomía de los ayuntamientos gallegos. Es preciso abordar la reordenación territorial conforme a su nueva funciona-

lidad y teniendo en cuenta el desarrollo de las áreas metropolitanas. La Administración pública necesita una reforma que la convierta en un instrumento moderno, eficaz y más transparente. Debe perder los lastres del intervencionismo y del clientelismo. Ser útil y accesible para las personas y para el mundo empresarial.

## **2. EL CONTEXTO EN EL NUEVO SIGLO**

Vivimos en una economía más globalizada y mundial, con fuertes presiones concurrentes y movimientos de deslocalización empresarial. Un tiempo caracterizado por la revolución de la información y de la comunicación, un cambio tecnológico continuo y con la metamorfosis del empleo y del trabajo.

Los márgenes de las políticas macroeconómicas se estrecharon espectacularmente. Se pueden discutir los componentes de ingresos y gastos para obtener un resultado razonable de equilibrio, pero es difícil rechazar la necesidad misma de este equilibrio. Los mercados de capitales se encargan de recordarnos, de modo implacable, que no confían en la política económica que no vigila la inflación o el déficit.

El Estado Nación está cambiando su estructura en dos direcciones fácilmente observables, como consecuencia del impacto que recibe de la globalización. Por un lado, hacia la supranacionalidad, como vemos en la Unión Europea. Por el otro, hacia la “intranacionalidad”, hacia una nueva distribución interna del poder del Estado Nación.

El debate para definir el papel del Estado será decisivo para los ciudadanos y sus oportunidades, para las empresas y su futuro, para lo que llamamos estado del bienestar y para un modelo de crecimiento y desarrollo económico en la nueva realidad de la revolución de la información. Será necesario un nuevo pacto social que permita reorientar el estado de bienestar para hacerlo compatible con los nuevos retos del paro masivo, de la marginación de las nuevas generaciones y de la discriminación femenina, en una economía, como la gallega, que se desarrolla en una situación de economía periférica y con grandes diferenciales de convergencia real con su entorno.

Cabe pensar en un escenario con tendencias o inercias para las próximas décadas de prolongación de las pautas actuales: un país con demografía débil y en recesión, la continuidad de Galicia en una posición excéntrica, la readaptación de la educación y de la formación al descenso de la población, el mantenimiento de los elementos más característicos del sector público gallego, la reproducción de los desequilibrios sociales y territoriales. Finalmente, sería un escenario de convergencia estacionaria: creceremos en los niveles medios de renta y bienestar pero seguiremos manteniendo las distancias con España y con Europa durante muchos años.

A pesar de esto, cabe formular otro escenario alternativo, más ambicioso, pero posible. Capaz de transformar los cambios en progreso.

El siglo XXI va a ser el siglo de la educación, sin duda, y ya estamos en ese siglo desde hace algunos años en muchos aspectos. A pesar de los avances producidos, Galicia sigue a la cola de las CC.AA. en lo que se refiere a los niveles de estudio y de cualificación profesional de la mano de obra ocupada: 15 puntos por debajo, en cuanto al número de titulados medios y superiores. Nuestro esfuerzo en educación y formación es bastante inferior a la media española. Quedamos atrasados mientras los otros países avanzan con rapidez.

Es preciso reforzar la formación general y también la profesional, fortalecer las relaciones entre el sistema educativo y el sistema productivo, entre la escuela y la empresa, entre formadores y empleadores, entre investigadores y productores.

Si cada vez somos menos gallegos la ecuación no consiste en ajustar el gasto educativo a esa población decreciente, sino en multiplicar la formación y las capacidades de las nuevas generaciones. Es nuestra única opción y camino.

Las infraestructuras productivas, el capital físico, constituyen un elemento estratégico para el desarrollo regional por sus efectos en la competitividad de la economía, en la localización industrial y en la creación de economías de aglomeración, en el impulso de la actividad económica y en la mejora de la calidad de vida.

En Galicia somos *finis terrae*, somos un país con una posición excéntrica, una finisterre-atlántica en relación con los grandes centros de actividad y desarrollo europeos. Debemos lograr la plena integración en el espacio y en las redes europeas en la próxima década, superar definitivamente ese obstáculo secular de la excentricidad. Y debemos hacerlo convirtiendo, a la vez, nuestra posición en el Arco Atlántico en un factor positivo de características estratégicas.

Galicia se sitúa geográficamente como rótula o espacio de unión entre la región norte portuguesa con cabecera en Porto y la Comunidad asturiana, espacio que hace frontera con la prolongación del eje atlántico por la cornisa cantábrica hacia Francia. Esta posición nos ofrece una doble oportunidad que debemos aprovechar, esto es, la de representar un espacio interregional capaz de generar suficiente masa crítica, suficiente economía de escala y aglomeración como para poder competir más y mejor, reforzando nuestra cultura y nuestra identidad como país.

Por otro lado, esa posición atlántica es un privilegio para poder desempeñar una función de enlace y plataforma con respecto a las relaciones marítimas intercontinentales. El espectacular crecimiento del transporte marítimo pone de manifiesto su importancia. Tenemos ahí la oportunidad para el desarrollo de Galicia, en la estrategia de apertura de la región hacia los mercados internacionales, de generación de valor añadido y empleo, de capacidad de atracción de capital y empresas.

La innovación de productos y de procesos de organización empresarial debe abordarse desde la perspectiva del reforzamiento de la investigación, el desarrollo de políticas de difusión de la innovación y la creación de estructuras de transferencia. Debemos incentivar el papel de las pymes y la adaptación empresarial. El futuro pasa por apostar por las redes de la información y de la telecomunicación como energía dominante. Estimulando su difusión en el sistema productivo, en el sistema sanitario y en el comercial.

El impulso de la capacidad de innovación y de emprendimiento de iniciativas empresariales precisa de la redefinición del marco institucional y del papel y de la contribución de Galicia en España y en Europa.

Se trata de afrontar la reformulación desde un plano interno, reforzando la Administración local mediante la garantía de la autonomía financiera de los ayuntamientos e impulsando la aplicación del principio de subsidiariedad.

Afrontar el futuro con garantías supone la necesaria adecuación de la ordenación territorial a las nuevas demandas y situaciones, buscando la complementariedad y las sinergias entre los agentes privados y públicos y entre las ciudades de Galicia. Es necesario, a la vez., impulsar la cooperación interadministrativa y lograr los consensos básicos entre los agentes económicos y sociales.

Se impone una reformulación de la Administración pública, donde prime la transparencia y la eficiencia en la utilización del presupuesto público y el impulso de la actividad privada.

En el plano externo, Galicia se juega en buena medida su futuro en la consecución de un sistema de financiación autonómico estable, que garantice una mayor autonomía financiera y la solidaridad interterritorial. No debemos ir, en ningún caso, hacia un sistema de concertos y cupos ya que su generalización nos llevaría a la quiebra del Estado moderno y a su adelgazamiento hasta el punto de perder su capacidad reequilibradora. No cabe equivocarse, no somos ni el País Vasco ni Cataluña.

El escenario de un sistema de financiación autonómico basado en los principios de cohesión social y de reequilibrio territorial persigue la consecución de un desarrollo sostenible de la economía gallega apoyado en las actividades y complejos estratégicos aportadores de más valor añadido.